

mo, liberalismo o este dejar hacer que todo lo permite y todo lo legaliza, escudándose en la libertad con ofensa de la verdad o apelándose al dicho estúpido de que: hay que dar legalidad a lo que ya está en la realidad, con lo que se hace naufragar toda lucha por la virtud, o se dejan caer los brazos cuando las circunstancias nos son adversas; para superar, digo, todo esto, se necesitan cristianos y católicos de cuerpo entero, que sepan ser cruzados y crucificados; y que, como el mismo Juan Pablo II ha recordado, sepan serlo en su conciencia y en su vida privada, pero también en su vida profesional, social y pública.

Y no sólo dando de ello testimonio —es en esto en lo que el Papa insistía con más fuerza— de un modo aislado, algo así como franco-tiradores, sino también unitaria y solidariamente, de un modo organizado, llevando a la acción social y política un programa en coherencia y fidelidad a la profesión de cristianos, porque la unión hace la fuerza.

Sólo así el hermoso ideal de una cristiandad rediviva podrá ser un día un venturoso evento, como lo fue en otro tiempo, y a ello contribuyó no poco nuestro San Fernando en cruzada de reconquista para la liberación del suelo patrio de la opresión agarena, y aunque para ello tubiera que hacer suya de lleno la cruz de Cristo. Se crucificó a sí mismo como pide el seguimiento de Cristo, porque nada grande puede hacerse en cristiano ni como cristianos sino es enarbolando la cruz, comenzando por plantarla en el propio corazón. Crucificados para convertirnos en cruzados.

El cristianismo es, naturalmente, algo dinámico y con vocación de universalidad. Y cuando el cristianismo prende en la sociedad, allí, inevitablemente, surge la cristiandad. Como católicos y como españoles no podremos nunca descansar tranquilos hasta que no veamos triunfante de nuevo el ideal de cristiandad, acabando con el contrasentido de un pueblo cristiano, una nación cristiana que, sin embargo, en su expresión o representación social, jurídica y política más alta, es decir, oficialmente, por la vertiente de su Estado, no es cristiano sino laico cuando no laicista.

Que San Fernando nos ayude a ser lo que debemos ser.

DISCURSO DE PILAR CARDENAS DELGADO

Queridos maestros, compañeros y amigos de la Ciudad Católica: me siento muy honrada de poder dirigiros estas palabras en ocasión tan señalada como es la festividad con que honramos a San Fernando, rey de Castilla, y más aún por ser yo uno de los miembros más jóvenes y más recientes de esta Ciudad Católica.

Espero, por esto, que disculpéis la inexperiencia de mis palabras.

Aunque la sociedad cristiana en que San Fernando nació no conocía aún la Revolución, la cristiandad de ese siglo tomaba fuerzas para la violenta batalla que habría de librar en el futuro contra las fuerzas anticristianas.

La Reconquista, de la cual San Fernando fue principal protagonista, debemos verla como un ejemplo de esta nueva Reconquista que se encuentra hoy en su momento más álgido, y en lo que la cristiandad ha ido entregando gota a gota su vida en defensa de unos valores eternos; valores que se han conservado gracias al entusiasmo y a la energía que muchas generaciones de hombres esforzados pusieron y ponen

en esta tarea de transición de la fe en la esperanza de la llegada del Reinado social de Nuestro Señor.

Esta no es otra que la tarea asumida desde hace ya muchos años por la Ciudad Católica.

Sin embargo, no es éste el tema que quiero tratar. Lo que quisiera, más bien, es recordar el papel que la mujer ocupa dentro de esta sociedad que se disuelve en medio de un torbellino de ideas sin sentido que pretenden apartar al hombre del fin para el que ha sido creado. Cuál es el papel de la mujer dentro de esta lucha desencadenada hace tanto tiempo. Porque, si bien es cierto que la actuación de la mujer no suele tener mucha resonancia, no por ello deja de ser decisiva en toda sociedad, tanto para bien como para mal.

Y, como pienso que a San Fernando le agrada mucho que el día de su festividad se honre a su madre (igual que a Cristo le gusta que se honre a la suya), he creído conveniente tomarla como modelo de mujer cristiana en todos los aspectos.

Así, en sus cualidades, podremos encontrar las mujeres contrarrevolucionaria un ejemplo de la hermosa función que la mujer puede y debe desempeñar en la sociedad, entregando su vida al servicio de Dios y de los hombres, y dando testimonio en la vida privada y en la pública.

Doña Berenguela de Castilla, llamada por la historia «la Grande», madre de San Fernando, nos ofrece a lo largo de toda su vida un claro testimonio de fe, de vida cristiana y de desvelo por el buen gobierno de sus Estados.

Ella es una de esas figuras femeninas que, como María de Molina o Isabel la Católica, dan un esplendor especial a las glorias de la monarquía tradicional española: no en vano ella fue la madre del rey que se convirtió —gracias a las virtudes inculcadas en él desde su infancia— en el santo patrono y protector de nuestra monarquía y en el gran adalid de la Reconquista, de ese rey que, tras su victoria sobre los moros, renunció a los honores que había ganado para rendírselos a la mujer que encarnaba mejor las virtudes a las que desde joven aspiraba, la Virgen María.

Y esto no sólo fue un acto de humildad y de amor, sino un ejemplo vivo para su pueblo del que, con orgullo, nos consideramos herederos.

Pero, volviendo a Doña Berenguela, quisiera destacar unas características fundamentales como mujer cristiana y española. En primer lugar, la supeditación de toda su vida al servicio del bien común, ya su boda supuso el fin de las discordias entre Castilla y León, que retardaban la Reconquista, y la unión definitiva de estos reinos. Por otra parte, su talento y virtud hicieron al emperador alemán pedir la mano de Doña Berenguela para su hijo Conrado. Tampoco podía faltar en tan hermoso conjunto la justicia para con sus súbditos y la firmeza en sus convicciones y en sus actuaciones. Y también, ¡cómo no!, la persuasión femenina, lo que no excluía el uso de las armas si la situación lo requería. Así, en el enfrentamiento con su marido, el rey Alfonso IX de León, en defensa de los derechos sucesorios de su hijo, tras intentar en vano disuadirle de la lucha, convocó a sus gentes que le hicieron abandonar las fronteras traspasadas.

Sin embargo, todo esto no permitió que descuidara la educación de Fernando, del que dice la Crónica General que fue educado por su madre en el amor a Dios y a los hombres.

Y, acompañando a todas estas virtudes, la constancia. Incluso cuan-

do se sentía próxima a la muerte, y deseaba abandonar las pesadas tareas de gobierno, comprendido que su hijo debería también abandonar la lucha contra los moros, se resolvió a hacer el último sacrificio en bien de su pueblo y permanecer al frente del Estado hasta su muerte.

Todas estas cualidades no pueden ser sino el fruto de una intensa vida interior que se proyecta en inmensos anhelos de conquista para Dios, y hacen de la mujer la piedra firme sobre la que se asienta toda sociedad.

Pero esto no es posible si no se tienen puestos los ojos en la actitud que Nuestra Señora mantuvo durante toda su vida, actitud de plena conformidad con los proyectos de Dios para con ella y de olvido de cualquier pretensión egoísta.

Precisamente, cuando la mujer abandona este punto de mira y no mantiene una integridad personal es cuando sobrevienen los grandes desastres de la historia, ya que nadie hay mejor que la mujer para corromper no sólo las acciones que realiza directamente sino también las que realiza el hombre, generalmente influido por sus consejos.

Y, ahora, por desgracia, encontramos mil ejemplos que pueden corroborar esto.

Nuestra sociedad no se encontraría en el estado actual si la mujer no se hubiera vendido a la pornografía y al sexo, si no se hubiera desnaturalizado hasta convertirse en asesina de sus propios hijos, si hubiera dado una educación recta a su prole en la fe y en el amor, si no se hubiese dejado llevar por intereses materialistas y por vulgares placeres, si no hubiera perdido el sentido común con que antes aconsejaba a sus esposos e hijos. En resumen, si no hubiera puesto su espíritu tenaz al servicio de manipulaciones extrañas y lo hubiera consagrado al servicio de Dios. Sin abandonarse a un orgullo antinatural que lleva a muchas mujeres a avergonzarse del papel irremplazable que hasta ahora desempeñaba buscando una absurda independencia del hombre sin comprender que unas y otros no podemos ser sino, con nuestras distintas funciones, complementos en la obra creadora de Dios.

Pero esto no nos puede llevar al desaliento. Porque como más arriba decía, la actividad de la mujer es silenciosa. Sabemos que miles de mujeres se encuentran rezando por nosotros en otros tantos conventos de clausura esparcidos por todo el mundo, que hay también miles de madres y esposas abnegadas que precisamente por esa humildad que nos debe caracterizar no proclaman en público sus sacrificios y cansancios, mujeres que en las distintas células sociales luchan silenciosamente e incansablemente en intentar restablecer en esta sociedad nuestra la cordura que parece habernos abandonado.

Las mujeres de la Ciudad Católica queremos pertenecer a este inmenso y glorioso ejército de mujeres reivindicando el papel femenino dentro de esta lucha contrarrevolucionaria, proclamando que no nos avergonzamos de él, porque sabemos que sólo cuando la mujer sea verdaderamente consciente de su importancia y se lance a revigorar los valores espirituales, entregándose a la conquista de la sociedad para Dios, sólo entonces se habrán asentado los sólidos cimientos sobre los que la Ciudad Católica podrá volver a iniciar su reconstrucción.

Muchas gracias.